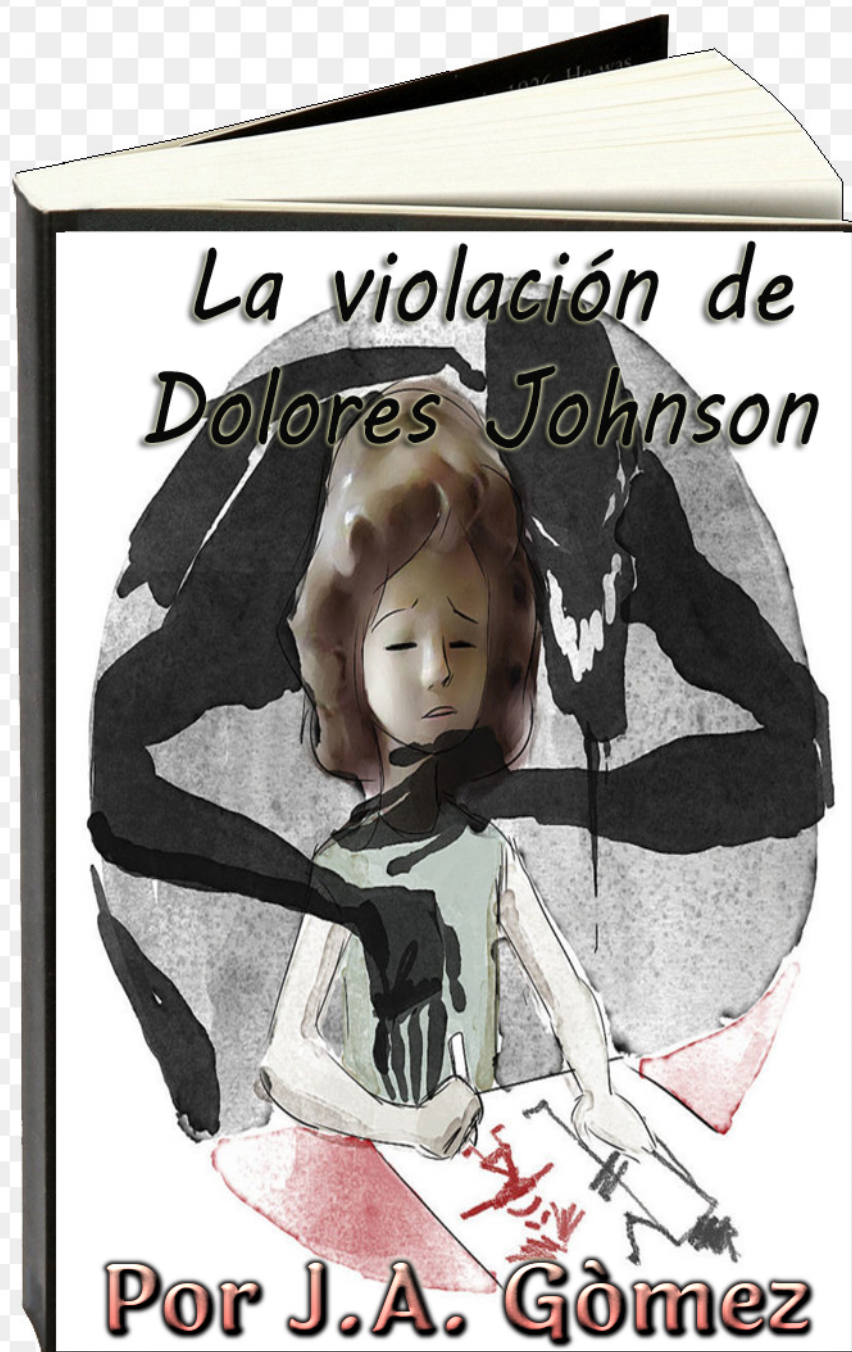


La violación de Dolores Johnson

J. A. Gómez



Capítulo 1

Tres individuos despertaron de un mal sueño para degustar una realidad perfectamente calculada y alejada, muy alejada de su voluntad. Allí estaban, sentados en tres sillas metálicas con forma de cisne, mirándose entre ellos, ligeramente aturcidos. Bien deberían en hacer memoria para sacar a la luz el pecado o grupo de pecados que hasta allí los habían llevado.

Se hallaban sujetos firmemente a tres sillas mediante tres gruesos aros de hierro, similares a los flejes de las barricas. En la parte trasera de cada respaldo sobresalía un pequeño mecanismo accionado por control remoto. Uno de los aros estaba ajustado, como un guante, a la altura del pecho y otros dos trincaban ambas piernas. En cambio los brazos disfrutaban de total libertad; tal cosa no era un descuido sino algo perfectamente calculado.

Hacía calor en aquel viejo y oscuro sótano, pero no un calor natural sino artificial, tal cual como si alguien buscase plasmar allí dentro el infierno, o en su defecto, una pequeña porción del mismo.

Las paredes nunca habían sido revestidas, ni siquiera pintadas. De ahí que mostrasen el hormigón desnudo, desvestido y salpicado de manchas.

Una mesa redonda a la que están sentados; varias rejillas de diferentes tamaños; dos paneles de herramientas con éstas perfectamente colocadas, una sucia bombilla, una estantería de aluminio tomada por telarañas, una escalera de madera al fondo, anchas tuberías sujetas al techo y un botiquín completan la disposición de objetos y utensilios del lugar.

El olor desagradable era una constante inalterable, como si algo se estuviese pudriendo no demasiado lejos de allí. Para colmo de males no había ventanas, ni grandes ni pequeñas. Cualquier esperanza de huida sería tan baldía como sembrar la tierra con sal y esperar a ver los frutos del trabajo. En troques sí agudizaron los sentidos hasta depositarlos en algo más factible y realista. Uno a uno clavaron sus pupilas en la puerta que parecía esconderse entre claroscuros. De huir tendría que ser por la susodicha.

Dos de aquellos individuos comenzaron a blasfemar, semejaban auténticos eruditos en ello. A seguir mentaron madres y demás figuras familiares, tanto ascendientes como descendientes. Por supuesto todo ello sin cesar en el empeño de librarse de aquellos grilletes caseros.

La mesa redonda contaba con una labrada pata central de aluminio y al igual que las sillas estaba atornillada al piso de tal forma que ni un

huracán podría arrancarla. Sobre su superficie rugosa y gastada, justo bajo la bombilla, un par de fotografías y tres vasos de vidrio de colores.

Aquellos personajes dignos de todos los males habidos y por haber no tardaron en espabilarse completamente. Sudaban como condenados y como tales bien podrían haber sido condimentados con todo tipo de especias, controlando siempre el punto de sal. Lo que fuera que les habían inyectado para traerlos hasta aquel lugar había sido eliminado por sus organismos. De hecho, los tres habíanse orinado encima.

Erre que erre persistían en zafarse de las gruesas tiras de hierro que los mantenían pegados a las sillas. Tiraban de ellas con fuerza, empleando las manos como improvisadas palancas. Volvían a tirar, notablemente furiosos. Las golpeaban e incluso intentaban desplazarlas a un lado o al otro. Sólo les faltaba morderlas pues eso eran: perros rabiosos. Lo intentaron largo rato, agitándose a tal extremo que parecían tener fuego en las posaderas. El tercero mostrábase más sosegado, resignado a su suerte, fuera cual fuese.

-¿Qué coño está pasando? -El primero en entrar a escena: Magno Claver. Treinta y pocos, complexión fuerte y no demasiadas luces. Más tinta en la piel que neuronas en el cerebro.

-¡No sé de que mierda va todo esto pero pienso rajarte, me oyes, pienso rajarte! -Este elemento responde al nombre de Jerónimo Cienfuegos. Sus antecedentes dan para empapelar el Escorial. No es nadie sin una navaja en la mano. Pelo casposo; fibrado, leve cojera e inestable.

-¿Quiénes sois?, ¿Por qué estoy aquí? ¡Soltadme! -He aquí el tercero en liza: Leoncio de Liria. No era un santo varón pero tampoco un redomado imbécil como los otros dos. Ligero sobrepeso, marcada soriasis, pronunciadas entradas y fuerte carácter.

-¡Qué cojones te importa quienes seamos! -vociferó Jerónimo con cara de dragón milenario a punto de escupir fuego. -Magno Claver comenzó a reírse descontroladamente. Más por la tensión del momento que por el comentario de Jerónimo, cómplice de fechorías.

-¡Caballeros! Compórtense y no sean maleducados. Mi nombre no viene al caso. Ustedes no me conocen pero yo a ustedes sí. -Dijo una voz en "off" que semejaba venir de todas partes.

-¡Cabrón sal y da la cara! -vociferó Jerónimo, revolviéndose en la silla cuan bestia enjaulada. -Magno lejos de parar rió con más desenfreno.

-¡Cállate de una puta vez! -espetó Jerónimo, clavándole a falta de navaja,

la mirada. -La prudencia hizo que Magno callase ipso facto.

-Escuchen y háganlo con atención -Continuó inalterable aquella voz en "off". -Frente a ustedes tienen un par de fotografías y tres vasos de whisky. Confiesen su crimen, no tienen demasiado tiempo para hacerlo. Confiesen su vil fechoría pues todavía la llevan pegada a la ropa. Después beban, sólo así quedaran limpios por fuera y por dentro. Ahora bien, uno de los vasos contiene una dosis letal de veneno. El destino decidirá quien de ustedes pagará con su vida por la absolución de los demás.

A los tres interpelados les quedó cara de haberlo perdido todo en una mala jugada al póquer y volvieron a verse entre sí. Guardaron silencio, si bien éste no duró demasiado...

-¡Y un cuerno, no tengo nada que confesar, ni pienso beber esa mierda! -gritó alterado Magno. Una inoportuna carraspera consiguió callarlo. Cuando se le pasó botó sobre la silla como si él mismo quisiese ser aquel huracán que arrancase la silla.

-¡No puede obligarnos a hacerlo! -exclamó Leoncio, impotente ante los acontecimientos. Zarandeó la silla sin demasiada convicción y luego sus ojos, cansados, se cerraron un momento.

-¡Callaos imbéciles! -gritó Jerónimo. ¡Qué le den a ese marica!, ¡no pienso decir una mierda! ¿me oyes?...

Efectivamente, la otra parte habíalo oído. Los tres escucharon un chasquido proveniente del pequeño dispositivo ubicado tras el respaldo de la silla de Jerónimo. Seguidamente el grueso aro de metal comenzó a coger tensión, apretándole el pecho. Aquel chasquido era espeluznante, tal cual como quien escucha partirse un hueso tras otro. Dada la presión ejercida apenas podía respirar. Su rostro era un manuscrito visual de desconciertos y viejas realidades del garrote vil. Rápidamente cambió de color cuan camaleón, pasando del soleado día a la noche más penumbrosa.

Evidentemente no eran ellos quienes tenían la sartén por el mango. Llenos de rabia e impotencia se revolvieron, nuevamente, en sus sillas. En lugar de fuego en las posaderas esta vez parecían tener la hoguera entera, repleta de leña y dispuesta para ser prendida.

Se escuchó otro chasquido aunque este fue diferente, durando un cuarto de segundo menos. Liberó tensión para, progresivamente, regresar a su posición inicial. Jerónimo volvió a respirar, tomando aire a bocanadas. También tosió, escupiendo finos hilos de saliva. Estaba en ficticia encrucijada y debía decidir si respiraba primero y tosía después o al revés.

-Caballeros -prosiguió la voz en "off" -se me acaba la paciencia. Apuren el peso de sus alforjas, vacíen sus conciencias ante estos invisibles testigos de mil ojos y mil orejas...

-¡Está bien, está bien! -exclamó Leoncio -Dio el primer paso, entonando el mea culpa. Antes de proseguir echó mano a una de las fotografías y la observó con familiaridad. Luego la dejó donde estaba y comenzó a platicar:

-Fue esa noche... ino podré olvidarla!. Discutí con mi hija, llevábamos un día raro, de esos donde todo parece salir al revés. Apenas recuerdo el motivo, creo que tenía que ver con unas amigas y un botellón. El caso es que la acalorada discusión se fue poniendo fea. Entre reproches por ambas partes terminé cruzándole la cara, violentamente. Fue la primera vez en mi vida que levanté la mano a alguien y para mi desgracia tuvo que ser a mi hija. La acalorada discusión terminó en ese instante. Me miró en silencio, defraudada, decepcionada al extremo. Si en aquel momento me clavasen un puñal juro que no me dolería tanto. No lloró, no lo hizo, ni siquiera una solitaria lágrima. Se limitó a salir por la puerta con lo puesto.

-¡Menuda mierda tío!, ¿eso es todo? seguro que la muy puta se lo merecía -Exclamó Jerónimo, sin haber aprendido la lección. -Como pudo masajeó el pecho por encima y debajo del grueso aro de hierro. Entremedias agarró la otra fotografía y la observó detenidamente...no le decía nada. - ¡Está hecha un asco! -fueron, literalmente, sus palabras.

Leoncio optó por ignorar lo que acababa de escuchar. Además no podría hacer nada en aquella situación, atado cuan animal salvaje. Sin embargo confesarlo precisamente en aquel lugar parecía haberlo aliviarlo sobremanera. Y sin querer dar más vueltas a la noria agarró uno de los vasos. Lo contempló fijamente, como si tuviese rayos equis en los ojos. Sabedor del precio que podría pagar apuró el contenido de un trago.

-¡Qué haces gilipollas! ¡escúpelo!-gritó Magno -¿Has olvidado que uno de esos vasos contiene veneno?. -Leoncio limpió la boca con la mano antes de responder:

-¡Qué más da!, de todas formas estamos muertos. Si no es el veneno serán los aros.

Llevaba más razón que un santo. Sus opciones eran tan ínfimas como alcanzar la luna con pértiga. Le siguió Jerónimo Cienfuegos quien había tirado las fotografías al suelo:

-¡Maldita sea mi puta calavera! -Mientras arrancaba su exposición no pudo evitar ver el grueso aro de hierro que a modo de espada de damocles amenazaba su vida. -Íbamos hasta arriba de coca, acabábamos de atracar una gasolinera. El imbécil de Magno quería divertirse con la empleada, el muy salido siempre pensando en lo mismo. Pero no era momento ni lugar, además la tipa era una puta foca. Fue terminar de decirlo y Magno asintió con la cabeza, pasando la lengua por los labios. Era obvio que aquel individuo no hacía prisioneras entre las féminas y tanto le daba un roto que un descosido.

-Esa misma noche -prosiguió Jerónimo -decidimos regresar al barrio y nos encontramos a una tipa sentada en un banco de la calle. Parecía estar ausente, ensimismada en sus cosas, eso o iba puesta hasta arriba de mierda. La zorra tenía cara de viciosa así que lo que no pudo ser en la gasolinera fue allí. La llevamos al callejón y nos divertimos con ella.

-¡Se quería resistir la muy perra! -replicó Magno -Nos costó reducirla pero aquella puta pedía guerra a gritos.

Otro impás donde el único protagonista fue el silencio e inmediatamente después:

-¡A tomar por culo! -exclamaron casi al unísono. -Seguidamente apuraron el contenido de los vasos y para terminar los lanzaron, enérgicamente, contra la pared. Tamaña actitud distaba mucho de ser normal pero claro, aquellos bultos de carne con ojos gustaban de navegar entre dos aguas y estaba claro que antes o después serían aspirados por la corriente.

Sin embargo y por más insospechado que pudiera parecer los gruesos aros de hierro no se cerraron sobre sus carnes. Al contrario, abriéronse cuan flores en primavera, incluidos los de las piernas, liberando finalmente a los tres encausados.

Magno y Jerónimo se levantaron como almas que lleva el diablo. De un accidental manotazo uno de ellos golpeó la bombilla y ésta comenzó a balancearse cuan atracción de feria. Corrieron hacia la escalera. A Jerónimo le costó un poco más dada su cojera. Una vez arriba aporrearon enérgicamente la puerta.

Leoncio, por su parte, se dejó caer de rodillas. Sentía el alma quebrada, hecha pedazos. Su sombra se alargaba y encogía al ritmo de los últimos meneos del aplique. Lloraba sin dejar de apretar aquel par de fotos contra el pecho. En las mismas veíase a una joven hospitalizada; entubada, llena de cables y enganchada a varias máquinas.

El estéril esfuerzo de Jerónimo y Magno no consiguió más que acelerar el veneno dentro de sus organismos. Jerónimo fue el primero en caer. Comenzó a sentirse mal. Segundos después rodó escaleras abajo. Una vez

en el suelo fue sacudido por fuertes convulsiones. Jerónimo Cienfuegos había muerto y su boca, llena de espuma blanca, callado para siempre.

Magno, de primeras, parecía haber tenido suerte. Después de todo el veneno no estaba en su vaso. No obstante del dicho al hecho suele ir gran trecho. Y no tardó en caérsele la venda de los ojos, una venda en forma de engaño. Sufrió el mismo destino de Jerónimo, cayendo a pies de éste. Ambos cuerpos pasaron a formar un conjunto simétrico digno de la mejor tragedia con el más justo de los finales.

-¡Está hecho hijo!, no nos habíamos equivocado -Exclamó Leoncio, incorporándose sudado y cansado.

La verdadera luz del sótano se encendió, matando de un plumazo cualquier rincón oscuro. Nada que ver con aquella bombilla sucia, puesta allí para crear pertinente atmósfera.

Un chico de veinte y tantos entró en escena: iera la voz en "off"!. Contempló los dos cuerpos inertes y, esquivándolos, se acercó al hombre que tenía, de pie, frente a él.

-¿Cómo sigue tu hermana? -preguntó Leoncio con ojos húmedos y sed en los labios.

-Se recuperará papá, llevará tiempo pero se recuperará.

Ambos se fundieron en un largo abrazo que pareció quitar sentido al tiempo. Después subieron, cerraron la puerta y apagaron la luz, dejando encendida únicamente aquella sucia bombilla. Su tenue luminosidad cubría dos cuerpos sin vida; ajusticiados por quienes se creyeron con derecho a ello.